ULTIMOS MOMENTOS

DE

D. JOSE MIGUEL CARRERA

CUADRO DEL PINTOR ORIENTAL

D. JUAN M. BLANES

POR

JUAN MARIA TORRES

MONTEVIDEO

IMPRENTA DE «EL FERRO -CARRIL» PLAZA INDEPENDENCIA

1873

ULTIMOS MOMENTOS

DE

D. JOSE MIGUEL CARRERA

CUADRO DEL PINTOR ORIENTAL

D. JUAN M. BLANES

POR

JUAN MARIA TORRES

MONTEVIDEO

IMPRENTA DE «EL FERRO -CARRIL» PLAZA INDEPENDENCI

1873

Soluciones divinas

desde el mas sofis

ULTIMOS MOMENTOS

DE

JOSE MIGUEL CARRERA

CUADRO DEL SEÑOR BLANES

ARTICULO PRIMERO

EL HEROE

Antes de hablar del cuadro, daremos á conocer al héroe, al hombre estraordinario á que debe su existencia.

Figura histórica de gran tamaño por su patriotismo, su valor, sus talentos, sus triunfos y sus desgracias, su nombre llena durante los diez años primeros de la revolucion, los anales chilenos y arjentinos. Héroe y mártir para los unos, bandido para los otros, es á la posteridad imparcial á quien compete sentenciar un pleito en que estan interesados el amor y el ódio, la admiracion y el orgullo de dos pueblos.

Estrangero á ellos, pero teniendo siempre pronto el homenaje de nuestra estimacion y respeto para los hombres ilustres que se sacrifican por la independencia de su patria, no podemos menos de admirar su noble y elevado pa-

triotismo, la audacia de su carácter, la generosidad de sus sentimientos, el conjunto de dotes felices con que le favoreció la naturaleza, y simpatizar con los inmerecidos infortunios que le hicieron víctima de celos cobardes, y de una política criminal y sanguinaria.

Reasumiendo pues en pocas palabras la historia corta pero llena, de una existencia casi fabulosa, en que el heroismo, la fatalidad y la trajedia se disputan la primacia, diremos apenas lo muy necesario para justificar en el pintor la eleccion del asunto: despues nos ocuparemos de su ejecucion.

Hijo de una familia rica y distinguida de Chile, dotado de un temperamento vigoroso, enérjico y altanero, de bello y varonil semblante, y de carácter simpático y caballeresco, José Miguel Carrera nació en Santiago el 15 de Octubre de 1785.

Arrastrado á las armas, por la fuerza de su vocacion, pasó á Europa en los primeros dias de su juventud, y se distinguió en la guerra de la independencia española contra Napoleon I° Se encontró en ocho combates de los que salió herido, y era ya Sargento Mayor en los húsares de Galicia, cuando el ruido de la revolucion americana despertó en su pecho el amor á la patria, hasta entonces adormecido por el sueño colonial.

Tenia veinte y seis años cuando volvió á ella, desembarcando en Valparaiso el 25 de Julio de 1811.

Chile, como toda la América, deseaba ser dueño de sus destinos y llamarse nacion; pero le faltaba el caudillo que debia ponerse á su frente y realizar sus deseos. Carrera lo fué.

La revolucion allí, no habia sido la obra del pueblo, sino de la aristocracia. Un puñado de abogados y ricos propietarios se habia apoderado del poder sin sangre ni trastornos el 18 de Setiembre de 1810; mas que revolucion, era un simple cambio de personas en el mando. Al capitan jeneral, representante del Rey, habian sucedido siete chilenos influyentes por sus familias y fortunas, que seguian gobernando en nombre del monarca, á la sombra de la bandera española, y acatando con respeto los mandatos de la Real Audiencia. La misma táctica hipócrita y cobarde

con que se inauguró la revolucion de Mayo en Buenos Ayres;—protestar amor y fidelidad al Rey, y cubrirse con su bandera, para mejor hacerle la guerra.

Entretanto, y mientras el pueblo contemplaba con indiferencia un cambio de mandatarios en que no habia tenido parte, y cuyas tendencias no comprendia, la aristocracia se habia dividido en dos partidos; moderados, y exaltados; es decir, los que gobernaban, y los que querian gobernar.

En tales circunstancias llegó Carrera á su pais. Pocos dias le bastaron para ponerse al corriente de la situacion, y comprender el partido que se podia sacar de ella. Unióse á los exaltados, se puso á su frente, y el dia cuatro de Setiembre, á los cuarenta de su llegada, derribó á los moderados, y puso á los suyos en el poder. Pero estos, no valian mas que sus antecesores, y viendo que el pueblo no habia ganado nada con ellos, que la revolucion no marchaba, y que estaba espuesta á perecer bajo una reaccion, ó á la primera invasion realista del Perú, resolvió empuñar con mano firme el poder para encaminarla, y ser el libertador de su patria. Sueño noble y generoso, que debia serle funesto!

En efecto, el 15 de Noviembre disolvió el Congreso, y redujo á tres personas la Junta de Gobierno, cuya presidencia se reservó.

Bajo su mando, todo marchó con rapidez, ideas, hombres y cosas. El hizo popular la revolucion difundiéndola en todas las clases del pueblo, y entusiasmándolas por ella. Fundó una imprenta, y por primera vez se vió en Chile un periódico. Creó recursos, levantó tropas, formó batallones, hizo fabricar armas y municiones, dobló las rentas, fundó el Instituto Nacional, y con gran pasmo y admiracion de moderados, exaltados y realistas, cambió la bandera española por la bandera y cucarda que dió á su pais, que son las que tiene hoy la nacion. Su voz fué la primera que hizo retumbar en los valles y crestas de los Andes, las palabras májicas de Patria, Libertad, Independencia. El fué quien dió los primeros laureles á la corona de Chile; él, quien escribió con su espada los primeros triunfos de sus anales. Su actividad, sus talentos y sus calidades,

hicieron de él, el primer ciudadano, y fué el primer jeneral á quien los chilenos tributaron el homenaje de su amor y entusiasmo.

Pero su prestijio y su gloria, debian perderle. Los primeros frutos que dán las revoluciones y con que pagan siempre á sus héroes, son las rivalidades, los celos, la envidia cobarde, y por fin, la ingratitud de los pueblos. Sus enemigos encontraban la recompensa superior á sus servicios. Su jeneralato, su crédito y el poder que ejercia, quitaban el sueño á los que no habian sabido ser antes, ni mas que él, los primeros en la empresa, los primeros en los campos de batalla. Asi, las contradicciones, los obstáculos, las resistencias, brotaron por todas partes, y muy pronto se vió rodeado bajo pretesto de libertad y bien público, de dificultades insuperables.

Nada hay que enfurezca mas á las mediocridades vulgares, á esos pigmeos del talento; nada que canse mas á los pueblos, que la vista de un hombre que les sea superior por cualquier título. Los primeros, ven con envidia un astro que los eclipsa, los segundos, una luz que los ciega aquellos, quieren ocupar su lugar, estos, quieren deshacerse del pesado fardo de la gratitud; así unos y otros se ponen de acuerdo para derribar al hombre que les estorba. Tal fué la suerte de Carrera.

Mientras la victoria permaneció fiel á su nombre, su autoridad fué acatada; pero cuando los reveses llegaron, cuando el ríjido invierno de 1813 le obligó á levantar el sitio de Chillan, y emprender una desastrosa retirada que ningun poder humano hubiera podido evitar, sus enemigos levantaron la cabeza, pidieron su destitucion, y quisieron reemplazarle con el coronel arjentino D. Marcos Balcarce, que el gobierno de Buenos-Ayres habia mandado con 150 hombres en ausilio de Chile.

Carrera pudo resistirse, estaba seguro de sus tropas, era el ídolo de la juventud, y hubiera sido difícil disputarle el poder; pero no quiso que su persona fuese causa de guerra civil, ni que por él se derramase una gota de sangre chilena. Entregó, pues, el mando; pero patriotaante todo, no quiso cederlo á un gefe estranjero, y se hizo reemplazar por

uno de sus rivales, don Bernando O' Higgins, porque era chileno como él.

Su generosidad y su patriotismo, le perdieron. O' Higgins, que habia sido un simple coronel bajo sus órdenes,— á quien él habia enaltecido y hecho brillar en sus partes, tal vez mas allá de su mérito, á quien habia colmado de honores y distinciones, haciéndolo miembro de su gobierno, y á quien cedia el mando del ejército, fué su mas celoso y encarnizado enemigo; pagó sus entusiastas recomendaciones con la mas negra ingratitud, y á él debió, como toda su familia, su ostracismo y su muerte.

El desquicio en que cayó el pais despues de su abdicacion, el vergonzoso tratado de Lircay, por el que Chile volvia á reconocer la autoridad del Rey y su bandera, que reemplazaba la chilena, y la inmerecida y cruel persecucion que sufrió del nuevo Gobierno; le pusieron otra vez las armas en la mano, y como siempre, venció. La venganza que tomó del Director Lastra, que habia ofrecido una recompensa al que lo entregara ó denunciase, fué mandarlo en paz y libertad á su casa. Lo mismo hizo con O' Higgins, á quien despues de haberlo vencido en Maipo, le dió el mando de la vanguardia del ejército.

Pero el desastre de Rancágua, en que este, fué completamente deshecho por el español, puso término á su poder, y á la naciente independencia de Chile. La emigracion fué general; cuantas personas se creyeron comprometidas por su patriotismo, huyeron á Mendoza, y él, con el resto de sus tropas, protejió la retirada de los fugitivos, batiéndose á su retaguardia, y pasando el último de todos la Cordillera.

Representante todavia del Gobierno y nacionalidad chilena, y jefe de los soldados que le acompañaban, baja los Andes, y viene á las Provincias Unidas del Plata, en busca de hospitalidad y simpatías. Una, y otras, le faltaron.

El Gobierno de Buenos Aires que veía en su fracaso y en la caida de Chile la ocasion de llevar á él sus ejércitos, é imponerse como un protector, y el jeneral San Martin gobernador de Mendoza, que debia conducirlos, y ser el libertador, le recibieron con abierta hostilidad. El último,

sobre todo, que veía en su valor, en su carácter, y en su prestigio, un obstáculo á sus planes, y un estorbo á su futura gloria, se unió á O'Higgins, de cuyos celos y bajeza esperaba mas sumision, para contrariarlo y perseguirlo. El dia de su llegada á Mendoza, empezó para él esa serie de desventuras que siete años despues, habian de terminar con su vida en ese mismo pueblo que tan mal le recibia.

Destituido por San Martin, que dió el mando de sus fuerzas á O' Higgins; encerrado por aquel, en un calabozo, sin mas motivo que su voluntad despótica; perseguida su familia y sus amigos; remitido á Buenos Aires con escolta; mal mirado en esta ciudad, de donde salió para ir á Estados Unidos á buscar recursos con que libertar á Chile; preso otra vez en Buenos Aires á su regreso; insultado cobardemente por San Martin en su prision; refugiado en Montevideo; separado de su esposa é hijos; sumergido en la indigencia; obligado á defenderse por la prensa de sus enemigos que lo cubrian de insultos y calumnias, sufre en su honor, en su persona y en las de cuantas le son queridas por la amistad y el parentesco, cuanto un hombre puede sufrir. Como esos héroes de la historia antigua, marcados con el sello inexorable de un fatal destino, á quienes sin razon, sin justicia, todo era adverso, Carrera apuró todos los sufrimientos, viendo caer en torno suyo, su patria, su fortuna, su familia, sus adictos; viendo á sus hermanos asesinados judicialmente en Mendoza, y á su anciano padre morir de dolor, cuando le presentaron la cuenta sacrílega del asesinato de sus hijos.

Desesperado con tan inmerecidos y sangrientos sucesos, jura vengarse de sus implacables enemigos, y libertar su patria del doble yugo de la tirania, y del estranjero. Abandona su refugio de Montevideo, pasa á Entre-Rios, se hace amigo de su gobernador, el célebre Ramirez, lo encona contra el Gobierno de Buenos Aires, lo mismo que á Lopez de Santa Fé, y los acompaña en sus empresas, de las que era el director y el alma.

Vencedores en Cepeda, impusieron á Buenos Aires el tratado del Pilar, y le dieron por Gobernador á D. Manuel Sarratea. Este, que debia el poder á la influencia de

Carrera, le permitió formar una division con los chilenos que se hallaban incorporados á las tropas arjentinas. Reunió 600, á los que dió el título de Ejército Restaurador, y con ellos se hizo una potencia en las Provincias del Plata.

Esta época, la mas tumultuosa, la mas dramática de su vida, pertenece por su naturaleza y su trájico fin, á la epopeya. Mezclado inevitablemente en todos los desórdenes y trastornos que ajitaron á la confederacion en los años 1820 y 21, su nombre domina los acontecimientos con el carácter odioso que sus enemigos, dueños del poder, y de la prensa, le dieron. Vencedor, vencido, rehecho, sorprendido, refugiado entre los indios, separado de ellos, perdido y sin recursos, su valor indomable, su enerjía y su audacia, sostienen su prestijio, y animado siempre por los sentimientos que lo armaron, emprende una série de correrias y combates desde Córdoba á los Andes, tan rápidos, tan estraordinarios, tan felices, que parecen fabulosos. Su actividad y su jénio se pasean en triunfo en las Provincias arjentinas durante doce meses, sin que los esfuerzos reunidos de sus pueblos, puedan poner un dique al torrente de su marcha victoriosa.

Pero, su tempestuosa y brillante carrera, se acercaba á su término, pues la fortuna inconstante cansada de seguirle, le abandonó en la última campaña, que tan funesta debia serle.

Empeñado en abrirse paso á Chile por las provincias de Mendoza ó San Juan, se dirijió á esta. Hallábase el 31 de Agosto al frente de 450 hombres casi á pié, estenuados de hambre y de fatiga, en la Punta del Médano, cuando se encontró con 700 mendocinos, tropa fresca y bien montada, á la que la suya, abatida por la debilidad y el cansancio, no podia resistir. No pudiendo evitar el combate, los atacó, pero fué batido. A la derrota, siguió la dispersion. Carrera salió del campo acompañado de los coroneles Benavente y Alvarez, veinte oficiales y ochenta soldados. Creyéndose perdidos estos miserables, trataron de comprar su seguridad, entregando su general y los dos coroneles, á sus enemigos. Pasada la media noche, y en medio de una marcha precipitada, se arrojan sobre ellos, y amarran á

Carrera y Alvarez, como si fueran facinerosos. Benavente logró escapar, pero fué para caer al dia siguiente.

Pocos ejemplos presenta la historia de una infamia tan vergonzosa, y nada pudo ser mas humillante y doloroso para este hombre caballeresco y leal, que la perfidia cobarde de sus soldados. Su destino implacable se le presentaba otra vez con toda la crueldad de sus mas aciagos dias, haciéndole caer en manos de los que querian beber su sangre no prisionero, sinó vendido! y vendido por soldados quamaba como amigos, que habian participado constantemente de sus victorias y reveses, cuyas acciones y nombradía estaban identificadas con las suyas, y en los momentos precisos en que iba á franquear los Andes, á llevarlos á la patria, y á encontrar con ellos, ó una muerte gloriosa, ó un noble porvenir!

Los mendocinos le llevaron á su capital, á aquel mismo pueblo en que siete años antes habia entrado al frente de sus fuerzas como jeneral, y como representante de la nacionalidad chilena, y que lo recibia ahora cargado de cadenas como si fuera un infame bandido. Atravesó la ciudad en medio de un tumulto de amenazas, de insultos y de gritos, y fué encerrado con sus compañeros en el mismo calabozo en que lo habian sido sus hermanos. Su sentencia, como la de aquellos, estaba pronunciada de ante mano. Fueron condenados á ser fusilados, dándoles diez y seis horas para disponerse á morir.

En la mañana del dia siguiente, 4 de Setiembre, escribió dos cartas que no pudo concluir. La primera dirijida á su esposa decia:

Mi adorada, pero muy desgraciada Mercedes.

> ......Ten resignacion para escuchar que moriré hoy á las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en pais estraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. Mas puede la Providencia que los hombres......

Aquí llegaba cuando fué interrumpido por el oficial D. Manuel Olazabal que venia á darle esperanzas de salvacion, la que infelizmente solo alcanzó al coronel Benavente. Entre tanto se apresuró á escribir otra á un amigo, re-

comendándole su familia, y aun no habia acabado, cuando llegó el carcelero á decirle......

«Que lo esperaban!»

Salió acompañado del coronel Alvarez.

Todo Mendoza, todas las clases de la sociedad, habian acudido á la plaza, cuyos balcones y azoteas estaban cargadas de señoras, á ver este sangriento espectáculo, como si fuera una fiesta. Al entrar en ella, una señora que estaba en el balcon del Cabildo, lo insultó en alta voz llamándole—*ladron chileno y asesino*——Al verse ultrajado se volvió, y dijo——*Este es un pueblo incivil y bárbaro ¿dónde se ha visto que las señoras se presenten de esta manera en tales espectáculos?*

Llegado al banquillo, el mismo en que habian muerto sus hermanos, no quiso sentarse, ni que le vendaran los ojos, y pidió que le permitieran mandar el fuego que habia de matarle. No se lo concedieron. Entonces pidió al oficial encargado de la ejecucion, que elijiera buenos tiradores, y apuntaran al lugar donde pusiera la mano. Cuatro soldados se adelantaron; puso la mano sobre el corazon, tronó una descarga, y cayó sin dar un jemido: dos balas se lo habian atravesado, y otras dos le habian deshecho la cabeza. Inmediatamente le cortaron esta, y el brazo derecho. La cabeza la metieron en una jaula de fierro, y el brazo colgado de ella, y así la espusieron al público en los arcos del Cabildo, hasta que su putrefaccion les obligó á sepultar esas tristes reliquias, junto al cuerpo á que pertenecieron.

Siete años pasaron sobre su tumba solitaria; siete años sus restos olvidados en pais estranjero, esperaron su rehabilitacion; esta llegó! Sus enemigos habian caido unos tras otros, ó habian desaparecido en un olvido mas profundo que el suyo. San Martin, humillado ante el génio de Bolivar, é incapaz de concluir la obra que habia comenzado, abandonó la América, legando á su glorioso rival la tarea de libertar el Perú y Bolivia. O' Higgins, habia caido de su ominosa dictadura; y los que tenia en la República Argentina, ó no existian, ó estaban anulados por los acontecimientos.

Chile se acordó entonces de los hombres á quienes de-

bia los primeros destellos de su libertad y su gloria, víctimas de rencores cobardes, mártires de su noble y ardiente patriotismo; y la Convencion Constituyente de 1828 les decretó á los tres hermanos una merecida y solemne espiacion. Sus restos fueron conducidos á Santiago, que los recibió con pompa y entusiasmo, y depositados en el templo de la Compañia, donde se les hicieron magníficos funerales. En la pirámide del Catafalco, se leia esta inscripcion,

LA PATRIA Á LOS CARRERAS

AGRADECIDA A SUS SERVICIOS

COMPADECIDA DE SUS DESGRACIAS

Cuarenta años despues, cuando la calma de las pasiones dió lugar al juicio imparcial de los sucesos, una ley del cuerpo lejislativo decretó una estátua al mas ilustre de los tres, á José Miguel Carrera.

Tal es el hombre que el pincel de Blanes, evocando los recuerdos de la historia, pone á nuestra vista en los momentos mas imperecederos de su vida, cuando va á perderla!

Como asunto histórico, como asunto dramático, pocos presentan los anales americanos tan dignos de ser trasladados al lienzo; y este fué el motivo mas poderoso que tuvo el pintor, para su eleccion. ¿Cômo lo ha desempeñado? Esto es lo que veremos en el artículo siguiente.

Juan Maria Torres.

Montevideo, Junio 8 de 1873.

ARTICULO SEGUNDO

EL CUADRO

Al entrar en la sala de Blanes, y por prevenido que se esté de lo que va á verse, no puede uno librarse de cierta sorpresa mezclada de piedad y respeto, ante el espectáculo que se presenta á la vista. No es un cuadro, no es un lienzo lo que se vé, es un calabozo de provincia con todos los tristes accesorios que le son inherentes. Aquellas paredes oscuras, lóbregas, de pobre mampostería manchadas de sebo y tizne, aquel piso de anchas losas mal unidas y remendadas con un grueso y cuadrado ladrillo; aquella puerta pequeña y sucia, pero sólida, ornada en su marco con nidos de araña, aquella vieja estera de junco casi desecha en que uno de los presos ha pasado la noche; aquel porron, aquella mesa de pino, aquel candelero de laton amarillo lleno de sebo y de mugre, de cuyo tubo vacio sale la última llamarada de una luz moribunda, y cuyo humo ténue y blanquecino elevándose en espirales sobre el fondo sombrio, es la viva imájen de la vida que vá á estinguirse; aquel crucifijo suspendido de la pared, y que parece tomado de un altar; todos estos detalles, tristes, melancólicos, tan perfectos, tan exactos, tan naturales que parecen palparse, están diciendo al espectador que no es en un salon, que no es en un Museo donde se encuentra, sinó en la pobre cárcel de Mendoza, en la mañana del 4 de Setiembre de 1821.

A la luz, no pintada, sinó á la luz natural del dia que penetra por la puerta del calabozo, que acaba de abrirse, se ven cinco personas llenas de animacion y de vida, pensando, sintiendo, hablando, accionando. En sus rostros, en sus actitudes, se revelan el dolor y los sentimientos de que están poseidas. Al verlas, se siente uno penetrado de esa impresion religiosa que sentimos en presencia de los grandes infortunios; quisiéramos hablarles, consolarlas, manifestarles nuestros pesares y simpatias.

En el centro, de pié, se halla Carrera.

Representa treinta y cuatro á treinta y seis años; lleva el uniforme de húsar, pantalon y chaqueta de paño

verde, con alamares; sus botas están cubiertas todavia del polvo de la marcha, y una pesada barra de grillos traba sus piés. Sus formas bien pronunciadas, sus contornos perfectamente redondeados, su ancho y saliente pecho que se ve respirar con la plenitud de la vida, su planta distinguida, y su marcial continente, imponen atencion y respeto.

Escribia recomendando su familia á un amigo, cuando vino el carcelero á decirle——que lo esperaban! A este llamamiento, se levanta con altivez; su mano derecha oprime convulsivamente la pluma, y la izquierda aprieta su gorra de campaña. Su rostro medio iluminado por la luz que recibe de lado, espresa con vital enerjía la amargura de la decepcion, el desden de su rigoroso destino. La parte derecha del rostro donde la luz se refleja, imprime á su espaciosa frente, y á su ojo, animado por la indignacion, una espresion particular; aquella frente está poderosa de altanería y orgullo; aquel ojo, vé, habla, y dice á sus enemigos:

«Voy á morir, sí, ¡pero como he vivido! A vosotros...... os desprecio!»

Detrás de él, está fray José Benito Lamas, jóven y fraile entonces, que le acompaña en sus últimos momentos. En pié delante del carcelero, con su mano derecha levantada hácia él, y su rostro compasivo, parece decirle:——«Esperad un instante, dejadle concluir.»

Esta figura es simpática; su rostro juvenil, su actitud, su aire, todo en ella revela la piedad y el deber. Su pié, aquel pequeño pié que el sayal descubre, y sobre que se apoya, aquel pié cuya forma y belleza le envidiara una dama, es de una perfeccion y de una naturalidad admirables. Si el padre Lamas, que los tenia en efecto muy pequeños y adamados, resucitase y viese el cuadro, estoy cierto que esclamaria——¡Blanes me ha robado el pié!—— y echaria mano á la rodilla para asegurarse de que realmente le faltaba; tanto mas, cuanto que aquel pié, anda, camina, se sostiene con gracia y vigor sobre el piso, y si á su dueño le faltara vida, él se la daria.

Y qué decir del hábito, de sus pliegues, de la manga, del cordon, del rosario?......¡que es preciso verlos!

A la izquierda de Carrera, sentado en una mala silla, el codo sobre la mesa, y la frente apoyada sobre su mano, cuyos dedos se pierden entre los cabellos, está el coronel Benavente, su amigo íntimo, su compañero de glorias é infortunios, cuya vida ha sido perdonada. Acaba de recibir las últimas y sagradas confidencias de su jefe, y abismado en un mundo de reflexiones y de dolor, contempla el fin horroroso adonde la fatalidad ha conducido al primer héroe de Chile, al esposo, al padre, al amigo cuya suerte ha compartido durante diez años, y del que vá á separarle la muerte.

Benavente, es indescriptible; aquella mano, cuyos huesos, cuyas venas, cuyos tendones y arterias se vén á través del cutis; aquella mano, no es figurada, es la mano viva, animada de un hombre que piensa, que medita, y que cubre con su sombra un rostro donde se reflejan las emociones de un corazon palpitante á impulsos de los mas nobles y profundos sentimientos. Benavente está vivo! Cuando uno se acerca á él, cuando examina aquel rostro á quien la sombra aumenta la espresion, aquel rostro donde se ven retratados los tormentos del alma, parece que se le vé respirar y jemir, y se siente uno tambien poseido de dolor y piedad y teme interrumpir con su presencia pesares que solo Dios puede calmar.

A su frente, y á la derecha de Carrera, hay un grupo admirable en que el dolor material, y la sublimidad de la relijion, llaman la atencion y respeto del espectador.

Sobre un pobre banco, el viejo y valeroso Alvarez, cargado de años y de trabajos, víctima de su lealtad á su jefe, se acuerda tal vez de su esposa, de sus hijos, de su hogar, y aunque coronel, no teniendo como sus compañeros el orgullo de la prosapia, y el sosten poderoso de la educacion, se entrega sin reserva á su dolor. Encorbado, con un crucifijo en la mano, tendida sobre la rodilla derecha, un pañuelo atado á la cabeza, su rostro sostenido por la mano izquierda, está inconsolable; él, que tantas veces vió la muerte de frente en los campos de batalla, tiene miedo de morir! el relijioso que está á su lado, le consuela, le exhorta, pero no le oye; nada vé, nada siente, mas que la muerte que se aproxima, el banco que le espera! En su rostro...... pero

qué rostro!...... en su color, en sus arrugas, se ven sus años; en sus facciones descompuestas, la intensidad de su angustia! Si la figura altiva de Carrera, si la dolorida de Benavente inspiran afectuoso respeto, esta pide compasion, sí, compasion que nadie puede negarle, porque no es una pintura, sinó un hombre, un viejo á quien se vé, á quien se siente sufrir y quejar!

¡Don poderoso del jénio, que á un pedazo de tela dá la animacion de la vida, y las piadosas emociones del alma, al que la contempla!

El relijioso que lo exhorta, que lo consuela, es un tipo orijinal, es un fraile de provincia, testimonio palpable del talento del pintor. Blanes ha huido de lo vulgar, de lo trillado; no ha ido á buscar sus frailes á la escuela clásica de los conventos europeos, nó; no nos ha dado un fraile de esos que vemos diariamente en los cuadros y en las ilustraciones; nos ha dado un fraile, tipo característico de las provincias en que pasa la escena; fraile que un mendocino, un cordobés, un sanjuanino, pueden fácilmeute reconocer. Pero ¿cómo está ejecutado?. Como todos los personajes del cuadro. Como ellos, está vivo, como ellos, respira, habla, acciona. Sus manos entreabiertas, una sobre la espalda del paciente, la otra delante, se mueven; sus dedos, contorneados y algo recojidos, están separados, y la luz que los rodea, los penetra y hace ver hasta en sus menores detalles, la testura de sus carnes. Qué manos! solo son comparables á la de Benavente y nada puede darse mas perfecto, mas animado, mas natural que ellas; imposible!

Cuando se ha pasado la revista física y moral de los personajes en sus rostros y actitudes, la mirada se fija atraida por el iman poderoso de la verdad, en su postura, en sus trajes, en los accesorios que los rodean; y aquí, en el campo material, como en el moral de las fisonomías, el pintor ha igualado ó mas bien, ha sobrepujado á la naturaleza! Es imposible ver esos trajes, esos ponchos, esas botas, esos grillos, sin creer en su palpable existencia! Qué pantalones! qué ponchos! sus dobleces, sus ajaduras, el polvo que los cubre, las sombras que proyectan, están diciendo—«Ven, tócame! yo soy paño! yo soy lana! desnuda á estos hombres, y te vestiremos á tí!»

Las botas arrugadas, magulladas, empolvadas, su corte su inclinacion, sus tacos, la luz que las envuelve y que pasa por debajo de sus zuelas, están diciendo á gritos ----«hace semanas que dormimos sobre estos piés y hace mesesque no vemos betun ni cepillo!»

Y los grillos? al ver aquellas gruesas y sólidas barras de hierro, aquellos fuertes aros que encadenan los piés de esas víctimas del ódio y de la perfidia, la indignacion y la piedad se apoderan del alma, y se está tentado á arrojarse ante ellos, limarlos, sacárselos y decirles.——«Ya estais li bres!

¡Cuánta verdad, cuánta realidad, en estos detalles! no son pintados, nó; son cosas que no solo se ven, sinó que se palpan! Atado á los grillos de Carrera por una de sus puntas, está un pañuelo colorado; sin duda lo ató para alijerar su peso cuando se pusiera de pié; el pañuelo, fiel compañero desu dueño, está como su traje, ajado, descolorido; al levantarse, cayó delante de él. Nadie verá ese pañuelo, sin desear levantarlo y decirle——«Jeneral! he aquí vuestro pañuelo, habia caido á vuestros piés!»

Lo mismo sucede con la manta de lana blanca que está medio caida del taburete en que estaba sentado. Es una manta que acaba de caer de sus hombros, y está pidiendo que la levanten, y la pongan sobre el taburete.

En la parte superior de la estera de junco en que Alvarez pasó la noche, hay arrollado un poncho que sin duda le sirvió de abrigo. Este poncho está en el caso del pañuelo y la manta de Carrera; no solo es visible, es material, es palpable!

Un sombrero de paja caido sobre la estera, está brindando á los visitantes á tomarlo y presentárselo con bondad y cariño á Alvarez, diciéndole——«Cubrios señor, que la mañana está fresca!» Este sombrero, como el pañuelo, serian levantados centenares de veces por los visitantes, si una cuerda tendida con prevision delante del calabozo, no les impidiera ejercer este acto de piedad y cortesia.

La prodijiosa perfeccion de estos objetos, cuyo mérito solo puede apreciar el que los haya visto, he podido conocerla por esperiencia propia. En mi cuarto he repetido

muchísimas veces las pruebas con ellos, sin quedar satisfecho.

He arrojado pañuelos colorados al suelo, los he atado al travesero de la silla, soltándolos de mil maneras diversas; he tendido á medio caer los cobertores en mi cama, en sillas, en sofaes; he hecho rodar mis sombreros, y los he colocado en todas las posiciones posibles y jamás he logrado igualar la esactitud, la verdad, de los sombreros, cobertores y pañuelos trazados por el pincel de Blanes; su pincel ha realizado la fábula de Iriarte! Su mano, ha vencido á la naturaleza representada por las mias.

El cuadro está terminado por un numeroso grupo que obstruye la puerta del calabozo. Es el carcelero que viene á llamar á los presos, y los soldados que le acompañan.

Este personaje, dignísimo tipo tambien del carcelero de provincia, es un ser, menos que vulgar, cuyo semblante estúpido está revelando la nulidad de su intelijencia, la oscuridad de su alma, la insensibilidad de su corazon; máquina viviente, su único pensamiento, su único deber, es encerrar un prisionero; abrirle las puertas si debe salir, ó entregarlo al cadalso si ha de morir; y lo cumple con la misma indiferencia, con la misma impasibilidad, que si tratara de comer ó dormir.

Los soldados que le acompañan, y que han de escoltar á los presos, son otra cosa; estos, no revelan ni estupidez, ni compasion, ni intelijencia, pero revelan en alto grado, curiosidad. Apiñados contra el carcelero, se empinan, estiran los pescuezos, husmean con las narices, sepultan sus miradas curiosas en el calabozo, y quieren ver lo que pasa en él. Uno de ellos, representa aqui el papel del muchacho en el cuadro de la epidemia. Colocado á espaldas del carcelero, alarga su cuerpo cuanto puede, se alza, y asoma su cabeza con una espresion de curiosidad indecible, sobre el hombro de este; está ansioso, impaciente, por ver lo que pasa adentro; quiere saber cuántos son los reos, si están tristes ó alegres, y leer en sus rostros, si morirán con valor ó con miedo. Estos soldados tan distintos del soldado europeo por sus fisonomias, su uniforme y su poca disciplina, terminan y completan con su orijinalidad, la perfeccion del cuadro. Si entre los espectadores de este, se encuentra

por casualidad, algun provinciano del centro, ó del Oeste de la República Arjentina, estoy seguro que tendrá tentaciones de darles ó pedirles noticias de la tierra, de las familias, de las comadres!

Este lienzo es casi irreprochable. Sin duda que tiene defectos, ¿qué obra humana está escenta de ellos? ¿no los tienen los lienzos de Rafael? porqué pues, no los ha de tener este? Pero son tan pocos y tan lijeros, que solo pueden conocerlos ojos muy perspicaces; al paso que sus bellezas son tan espléndidas, tan numerosas, que todo el mundo las vé, las conoce, las aplaude; ¿à qué hablar, pues, de esos lunares que no tienen importancia, y que pocos, muy pocos ojos, pueden ver?

La realidad viviente de que está animado, pone en ridículo á la crítica tecnológica. Al que en su presencia me hablara de las—«prescripciones de la estética, de la correccion del dibujo, de luces, de sombras, de toques firmes, de pinceladas valientes» &.&. &. le diria— —«Amigo mio; en vez de perder su tiempo en decir tonterias, abraze V. á ese hombre, á ese héroe que vá á morir, y en cuyo pecho late todavia un corazon lleno de calor y de vida; y si al darle el último adios, la amargura y la indignacion ocupan aun su alma, descuelgue ese crucifijo, y muéstreselo como el Juez supremo que ha de juzgarle, y á cuya clemencia debe recomendarse á sí y á sus enemigos; y esté seguro de que será escuchado.

Tome V. la mano en que ese valeroso coronel apoya su frente, y al estrecharla entre las suyas, sentirá pulsar con rapidez sus arterias á impulsos del dolor y del sufrimiento. Recuérdele los compromisos que ha contraido con su gefe y amigo, lo que se debe á sí mismo y á la causa por que combatió; y le verá erguirse con la dignidad del militar, y agradecerle con un abrazo sus simpatías y su afecto.

Recoja V. ese humilde sombrero, preséntelo á ese afligido anciano, que olvida que fué un valiente; recuérdele su juventud, su valor, su nombre, y verá renacer en su pecho el coraje, y en su semblante la calma.

Agradezca á esos relijiosos su piedad y los consuelos que dieron á esos mártires; y diga al carcelero que aguarde

algunos momentos, que el general tiene que concluir su carta.

Esto es lo que yo le diría, y lo que creo dirán cuantas personas de corazon y de sentimiento le vean. Un lienzo del que pueda hablarse de este modo, está juzgado; es tan superior á todos sus defectos, como á la pueril fraseolojia del arte.

Cuadro esclusivamente americano, todo en él es orijinal y local. Cuando estos paises hayan cambiado de ideas y de costumbres á impulsos de la poblacion creciente, y de los progresos sociales, cuando se haya perdido en fin, el recuerdo de aquella época, de su modo de ser y de vivir, el cuadro de Blanes, testimonio imperecedero de verdad, dirá á las jeneraciones venideras, que rostros tenian, como se vivia, como se vestia y militaba entonces.

Cuadro histórico, grande por el asunto, mas grande aun por el modo con que estás ejecutado, tú atravesarás las edades y dirás á la posteridad admirado.

ESTE ERA EL CARACTER, ESTAS LAS

PASIONES POLITICAS Y MILITARES

DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN 1820!

Sí, tú se lo dirás con ese lenguaje de color y de realidad, con que despues de medio siglo, has arrancado á José Miguel Carrera, al olvido del tiempo y de la tumba!

Tal es el cuadro que está destinado á atravesar los mares, á visitar las playas del Pacifico, y la patria del héroe que lo ha inspirado. Le deseamos un viaje feliz, y una acojida digna del asunto, de su ejecucion, y del noble pueblo á que está dedicado.

Juan M. Torres.

Montevideo, Junio 10 de 1873.